

SOMOS CATÓLICOS... NO INSISTA
¿Devoción popular o exclusión del *otro*? *

Jorge Ramírez Caro

Los miedos que el *nosotros* siente contra el *otro* exhiben no la potencial agresividad del *otro* sino la fragilidad del *nosotros*... Los miedos hacia el *otro* son más fuertes en cuanto el *nosotros* sea más frágil; este miedo de ser excluido es la amenaza de ser excluido del futuro, Norbert Lechner.

Es probable que muchos no alcancen a ver las implicaciones sociales e ideológicas derivadas del familiar letrado “Somos católicos... No insista”: la ideología en la que estamos inmersos nos habrá impedido penetrar en las entrañas del texto y sacar a flote una serie de fantasmas depositados en su memoria y que nos conducen a la arena del conflicto entre católicos y no católicos. Explorar este texto como una de las expresiones culturales de la exclusión en el contexto costarricense es el principal cometido de este artículo. El lector descubrirá cómo se llega a materializar para sobrevivir al tiempo una ideología y una mentalidad que excluye al diferente, al *otro*. De paso se pone de relieve las coordenadas con las que orientan y organizan una sociedad y una cultura que se pretenden abiertas (católicas) pero que terminan siendo cerradas e intolerantes (no insista).

Palabras claves: católicos, religiosidad, religiosidad popular, intolerancia religiosa, el otro, semiótica, semiótica de la cultura.

Key words: catholicism, religiosity, popular religiosity, religious intolerance, the other, semiotic, culture semiotic.

En una Costa Rica engolosinada con la apertura, el intercambio y la modernización globalista se podría pensar que difícilmente encontraríamos un lenguaje y una cultura cerrados, excluyentes y exclusivos. Alguien podría suponer que aceptamos y vivimos una realidad multicultural, multiétnica y multilingüe. Lamentablemente no es así. Todavía sigue siendo más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio, como apuntaba Einstein: los cambios de mentalidad son más lentos que los cambios de estructuras políticas y económicas. Las fuerzas centrífugas y centrípetas que tratan de mantener un equilibrio en la arena social e ideológica se materializan en textos y discursos en los que se asientan los fantasmas de los miedos y de los odios que como sociedad y como cultura expresamos hacia aquello que no queremos ser o a lo que no queremos pertenecer. Mientras una de estas fuerzas dispara un lenguaje abierto otra se mantienen a la zaga repeliendo todo aquello que la intenta penetrar, absorber y asimilar¹.

* Publicado en *Ciencias Sociales*, 106-107 (2004-2005): 191-202. El presente artículo (esbozado en Ramírez Caro, 2001) forma parte de mi libro inédito *Dios contra la pared*.

¹ Para Bajtín el lenguaje no es transparente, sino opaco; se presenta como espacio de cruce y encuentro de las fuerzas ideológicas de la sociedad: las fuerzas centrípetas que tienden a la centralización y a la unificación del mundo verbal-ideológico, sociopolítico y cultural, y las fuerzas centrífugas que tienden a la descentralización y a la multiplicidad dialógica y marchan en contra de lo oficial monológico (Bajtín, 1975).

En medio de tanta cosmética modernizante pervive en nuestra sociedad una heredada mentalidad hermética que se siente asediada y que se resiste a ser penetrada, invadida y reemplazada por otra. Esto no sólo se manifiesta a nivel cultural, sino también a nivel social y político, sobre todo con ese *otro* cultural, político y económico en el que hemos convertido a quienes no conocemos, pero que calificamos como *amenazantes*: cuanto más desconocido es el *otro* más prejuiciada es su percepción en el *yo*. Estas estructuras mental y socialmente cerradas no sólo se manifiestan a nivel discursivo, sino también en el arquitectónico: nuestras casas de habitación y los edificios públicos y privados tienden a ser completas fortalezas donde es casi imposible acercarse y en las que rebotan quienes poseen otras ideas y otros proyectos: cuanto menos contacto con el mundo del otro pareciera que el *yo* afianzara su dominio personal. Pero lo que deriva de esto es una mentalidad cada vez más estrecha, exclusiva y excluyente. Esta estrechez mental, para algunos, guarda relación con la reclusión espacial: “San José es una ciudad estrecha, muy estrecha, como la mentalidad de mucha de su gente” (Chaves, 1998: 70)². Esta mentalidad represiva y exclusiva la mayoría de las veces llega a poseer una justificación religiosa derivada de la falsa percepción de la realidad que supone que somos un pueblo netamente católico.

No voy a ofrecer un análisis de la arquitectura urbana, pero sí de un texto que funciona como metáfora y metonimia de los procesos mentales por los que ha pasado el continente en general y el país en específico. Se trata de un cartel muy fácil de encontrar en la ventana de cualquier casa de la rancia cristiandad costarricense. Una de las múltiples variantes indica: “Somos católicos... No insista” (ver Imagen 1). Para cualquier costarricense esto es algo común y hasta natural, razón por la que el texto pasa desapercibido o no es leído con la atención que merece y mucho menos se percatan de las intrincadas implicaciones sociales e ideológicas que de él se derivan. Por este motivo, me voy a permitir averiguar cuáles son las mencionadas implicaciones y su relación con el actual contexto social, histórico y cultural. Esto es, el análisis que ofrezco nos permitirá ver las relaciones conflictivas que el *yo-nosotros* mantiene y establece con el *otro-usted*, no sólo en lo que respecta al espacio, sino también con el mecanismo semiótico que organiza la cultura.

² Anacristina Rossi habla de esta misma estrechez mental: “Me he dado cuenta de que el espacio mental es una interiorización de lo que nos rodea, o sea el paisaje, el espacio mental funciona de acuerdo al espacio exterior en que nos estamos moviendo o dejando de mover, y si estamos repletos de objetos, si hay muchos chunches en el cuarto, ropa, tocadiscos, radio, zapatos, cajas, lámparas, envases, tendré el espacio mental estrujadísimo, atestado de chunches, cherebecos y por lo tanto reducido... No podía pensar y me daba contra los pliegues de los cuatro volcanes que rodean la ciudad” (Rossi, 1985: 92).



Imagen 1: Una variante de la versión *Somos católicos, no insista*.

Me abocaré primero a establecer los sistemas semióticos de relaciones y oposiciones para buscar una interpretación desde la semiótica de la cultura. El texto se estructura a partir de una serie de parejas antinómicas que ponen de manifiesto su carácter conflictivo tanto en el espacio y en el tiempo como en las manifestaciones socioideológicas. Esas parejas pueden ser:

- 1) Definición / Indefinición
- 2) Nosotros-Aquí / los Otros (Ellos)-Allá
- 3) Inclusión / Exclusión
- 4) Sujeto / Objeto
- 5) Interior / Exterior
- 6) Cerrado / Abierto
- 7) Seguridad / Inseguridad
- 8) Lo ordenado / lo caótico
- 9) Lo propio / lo ajeno
- 10) Lo civilizado / lo bárbaro
- 11) Lo sagrado / lo demoníaco
- 12) Contención / Ofensividad
- 13) Lo estático / lo dinámico.

Estos binomios pueden reducirse a tres básicos que agrupan a las demás:

- 1) Lo propio / lo ajeno
- 2) Lo ordenado-organizado-estructurado / lo caótico-no ordenado-no estructurado
- 3) Sujeto / objeto.

Sobre estos tres pilares se puede plantear no sólo el sistema de la cultura sino también el sistema de valores con que se identifica el grupo o sector social que se esconde detrás de la etiqueta socio-religiosa “Somos católicos”. Quienes habitan esta casa-mundo, además de ser católicos, no desean ser perturbados. El interlocutor de este discurso queda calificado como un ser hostigante, molesto, irritante: la relación entre las dos partes es hostil, distante, excluyente. El *nosotros* se reviste de autoridad y acalla o detiene al *otro* con un “No insista” y pone de manifiesto lo paradójico de la definición “ser católico”. Establezco una primera hipótesis: ser católico es sinónimo de intolerancia hacia otra definición religiosa: los *unos* no aceptan a los *otros*. Nos encontramos ante un mundo cerrado y excluyente, afincado en una creencia religiosa inamovible, estática y autoritaria, frente a la que el otro no tiene cabida.

Al rescribir la segunda parte del texto: “No insistan quienes no son católicos”, de inmediato el texto nos sitúa ante una serie de confrontaciones: Nosotros-católicos / otros-no católicos; dentro-

mundo conquistado-ordenado / fuera-mundo no conquistado-no ordenado. Aún así me queda una zona ilegible en el texto en la que deseo penetrar. En ese no-dicho, supongo, se encontrarán las connotaciones sociales e ideológicas propias de la memoria del texto. Acudo a unas palabras de Barthes: “El texto tiene necesidad de una sombra: esta sombra es un poco de ideología, un poco de representación, un poco de sujeto” (Barthes, 1978: 52-53)³. Entonces veo que el texto no es más que la materialización de una mentalidad religiosa exclusiva (y excluyente), la expresión de una sociedad que no acepta a *otro* que no sea católico. El *otro*, el distinto, el religiosamente diferente, es rechazado. El texto se inscribe dentro de la lógica predominante en la cultura cristiano-occidental en la que no hay espacio para pensar al *otro* que no sea desde la lógica del *uno*, desde la definición. El mundo es percibido a través del espejo de lo negativo: lo que es / lo que no es, lo válido / lo no válido, lo aceptable / lo no aceptable, lo racional / lo irracional, lo permitido / lo no permitido. Como señala Luis Villoro: “La única manera de comprender la alteridad dentro de nuestro marco cultural es concebirla como pura negatividad, es decir, como demoníaca” (Villoro, 1998: 179). El propietario de la casa, el dueño del mundo, se refugia detrás de ese letrero para resguardarse y protegerse en un sistema de valores que condena, margina y rechaza al diferente. El letrero es el escudo que muestra una sociedad y una cultura represivas y excluyentes de la diferencia. La presunta devoción saca las uñas de la intolerancia (como se aprecia en la Imagen 2): el *yo-nosotros* no sólo se presenta como poseedor del espacio, sino también como rodeado de atributos positivos. Pero, como veremos más adelante, esto no siempre será así, dado el carácter reversible del discurso: la supuesta positividad desde la cual se erige el *nosotros* no es más que una expresión de la negatividad. El definirse dentro de la norma, dentro de lo ordenado y dentro de lo bueno, pone de manifiesto las sombras en las que se agazapa una serie de estereotipos y prejuicios discriminatorios del *otro*.



Imagen 2: Resalta la unicidad frente a la variedad: católicos / otras denominaciones.

El “No insista” recae sobre un Usted ajeno, fragmentario, distante del grupo compacto designado con el “Somos católicos”⁴. Es la confrontación del *Nosotros* contra el *Usted*, de la sociedad contra el individuo, de la uniformidad (los iguales del “somos católicos”) contra el

³ “Cualquier producto ideológico es parte de una realidad natural o social... refleja y refracta otra realidad, la que está más allá de su materialidad. Todo producto ideológico posee una significación: representa, reproduce, sustituye algo que se encuentra fuera de él, esto es, aparece como signo. Donde no hay signo no hay ideología” (Voloshinov, 1992:31-32).

⁴ La distancia se presenta también en la forma de tratamiento utilizada por el “Nosotros” frente al “Usted”. Este *usted* es utilizado para expresar respeto (cuando ese Ud. es la autoridad), pero también desconfianza, no familiaridad (cuando es un extraño).

distinto, de los cercanos y familiares (familiarizados) contra el distante y extraño, de los definidos contra los indefinidos. El signo aparece aquí como espacio de cruce y de lucha de los acentos sociales de las diversas orientaciones socio-religiosas. En el letrado se presenta el siguiente juego: quien define excluye y quien se enlista en la inclusión no posee definición positiva para el *otro*. Es el juego de la combinación incluido / excluido. Este enfrentamiento no es más que la salida a flote de una supuesta superioridad de lo ya constituido sobre la inferioridad de lo nuevo por constituirse. En este caso, lo nuevo no tiene cabida en un mundo ya estructurado-organizado⁵. El “No insista” no es más que una orden que mutila, anula y desautoriza cualquier deseo del otro de seguir adelante. Quien define el mundo también lo domina. Quien está en el centro se convierte en la norma y en el patrón que debe seguir quien venga de afuera o de la periferia. Sólo es admitido en el espacio la identidad, la mismidad, la igualdad, nunca la diferencia, nunca la otredad. Estamos en el mundo de las convenciones sociales, de las insignias y de los uniformes: una denominación me hace igual o distinto. De este modo el texto pone en juego una mutua exclusión: quien llega es excluido del mundo de quienes ya están y éstos, al no recibir al *otro*, se autoexcluyen del mundo de quien está del otro lado.

La esfera desde la que se constituye este lenguaje es la esfera del poder, la esfera de las fuerzas centrífugas, unificadoras, controladoras, cerradas y excluyentes, a la defensiva, dispuestas a repeler al contrario, a quien venga con otras iniciativas. De nuevo otras palabras de Barthes: “Hay lenguajes que se enuncian, se desenvuelven, se dibujan a la luz (o la sombra) del Poder, de sus múltiples aparatos estatales, institucionales, ideológicos; yo los llamaría lenguajes o discursos anacrónicos” (Barthes, 1984: 136). El poder ordena, manda, dicta el “No insista” y se cierra sobre su propio círculo: “Somos católicos”. Lo constituido se presenta como algo impenetrable, como una barrera ante la cual se estrellan las iniciativas del *otro*. Quien ordena el mundo también organiza y estructura la distribución de los espacios y las manifestaciones ideológicas: desde el adentro-centro hacia al afuera-margen se descalifica aquello que intente invadirlo.

En el mundo de los definidos no hay lugar como sujetos de expresión y de reconocimiento para los indefinidos, sino como objetos de represión o rebajamiento: el *otro* será descalificado y negativizado. Desde el mundo ordenado y definido no hay un intento por conocer al otro, comprenderlo y aceptarlo, sino que se clausura toda relación, todo vínculo, todo contacto. La otredad queda conjurada: el yo-nosotros, desde una perspectiva prejuiciada, sólo ve en el *otro* aquel que contradice, contraviene y acecha-pone en peligro la integridad del *yo*. El *otro* queda excluido y asociado al contrario, a ese otro enemigo que remite al contradictor primordial: Satanás. La expresión del *otro*, en la medida en que no es aceptada ni asimilada por el *yo*, sólo puede ser demoníaca. Si el *otro* llegara a tener otra verdad, otra manera de ver el mundo y otra explicación del mismo, negaría nuestra imagen, nuestra representación y nuestra interpretación⁶.

⁵ En esta misma sociedad es frecuente oír el refrán “Más vale mal conocido que nuevo por conocer”, que expresa, no sólo el inmovilismo y estancamiento en lo tradicional-constituido, sino también el rechazo de lo venidero o por venir. Es el muro de la sociedad conservadora frente a lo desconocido.

⁶ En las confrontaciones *yo / otro*, la cultura del otro sólo es escuchada en la medida en que se ajusta y concuerda con nuestra manera de percibir y representar el mundo. El *otro* nunca es aceptado como sujeto de significados, sino como objeto del único sujeto que sería el *yo*. A lo sumo al *otro* se le llega a reconocer como sujeto de derecho, pero no como sujeto de significados: jamás él podrá decirnos cómo percibir e interpretar el mundo, nuestro mundo. Como señalaba el liberal Pío Viquez, cuando el colombiano Pereira Castro criticó el fraude electoral y las medidas inconstitucionales de Rafael Iglesias: “no conviene, ni debe ser tolerado, que de otras partes vengan a decirnos que somos unos menguados, unos cobardes y unos estúpidos”.

En la negación de la posibilidad de que el *otro* se exprese podemos encontrar la oposición autorizado / no autorizado: dentro de esta lógica, sólo el *nosotros* está acreditado para convertir, persuadir, adoctrinar y evangelizar al *otro*, jamás al contrario. El estatuto de colonizador lo posee el *yo-nosotros* y nunca puede transferirse al otro-usted: sería la caída de la lógica dominante. El *nosotros-católico* no es capaz de rebasar su propio marco de creencias frente a la alteridad: lo único que hace es rechazarla desde su marco de referencia cultural excluyente: si el otro es el enemigo, el opositor, el negador y el sitiador de mi manera de concebir, percibir e interpretar el mundo, entonces, para que no me haga daño, para que no invada mi espacio, para que no trasponga el umbral hacia mi mundo, lo detengo, lo rechazo, lo descalifico.

El poder no deja que el *otro* se diga ni se pronuncie. Lo ahoga antes de que pueda llegar a balbucear su propia palabra: desde la lógica del poder, el *otro* es un insistente hostigador que hay que desautorizar y descalificar. El ordenador del cosmos católico elimina la posibilidad de que el *otro* sea y de que su mundo se extienda por medio de la palabra. El cosmos católico se autoafirma como el único: “Sólo soy yo y nadie más”. Con esta afirmación de poder se totaliza (se diviniza: una especie de yo soy el que soy). Si esta afirmación se hace al interior de un grupo o de una colectividad, ese endiosamiento es absoluto: “somos católicos y en este espacio no cabe nadie más, porque somos universales. No insista”. Paradoja de la paradoja: somos universales pero no admitimos a nadie más. Este “somos”, donde he incluido mi yo, anula o aborta al *otro*, a quien no es. Este *otro* no alcanza a nacer. Sólo se le da la oportunidad de que se acerque por segunda vez para descargarle el imperativo y distanciador “No insista”.

Ante el poder, la vida del *otro* es efímera, instantánea. Pero ese momentáneo vivir es suficiente para que el poder católico se irrite, se encolerice y declare su “No insista”. El poder carece de paciencia y de tolerancia para con el distinto, para con el diferente, mientras que el *otro* debe (o tiene) que ser sumiso, obediente y paciente para con el poder. Sólo el poder tiene derecho a irritarse, mostrar su enojo, su inconformidad, su intolerancia, su violencia para con el que no es como él. Con tal afirmación de autoridad, el poder no hace más que decir: “Sólo yo soy, sólo yo existo. Nadie más”. Con esta prerrogativa se dibuja la memoria del texto, se reconstruye el contexto de origen del texto y nos coloca frente a cómo pudo ser la campaña y el clima de intolerancia en la sociedad en la que surgió contra el *otro* en el plano religioso. Dentro de esta lógica, el *otro* no es nadie ni tiene derecho a rebelarse. Quien define y ordena el mundo también es el portador de las leyes y las prohibiciones. Quien llega primero y se emplaza establece las reglas para los que vengan después, nunca para los que ya están. Esta manera de organizar el mundo pone de manifiesto una lógica de la exclusión que empaña cada vez más la lógica de la solidaridad supuesta en los “somos católicos”: sólo es prójimo-próximo quien se identifica conmigo, con mi religión, con mi cultura, con mis valores. Los demás, no.

La absolutización del poder lo lleva a negar su relación con el *otro*. El poder no se relaciona con el distinto, con la persona del marginal, sino con objetos de poder, cosas sometidas, negadas, excluidas de la casa-esfera-de-poder. Quien se esconde detrás del rótulo no muestra su cara al *otro*: este no poderle ver la cara al *yo-nosotros* podría verse como la imposibilidad de verle el rostro a Dios de la que se habla en los textos sagrados (razón por la que hablamos de divinización y absolutización del *yo-nosotros*)⁷. Su puerta o su ventana son las que le “hablan” al intruso que se aproxima con deseos de expresar su forma de creer y de percibir lo sagrado. Este recién venido ya no se merece siquiera ser visto como persona con quien se pueda dialogar, porque no cabe el diálogo con este distinto: que se estrelle contra el muro, que se enfrente con la

⁷ Nadie ha visto directamente su propio rostro, para ello necesita de un espejo. “El rostro no es para uno, es para el otro, es para Dios... El rostro es el símbolo de lo que hay de divino en el hombre”. Le Guillou consideraba que el cristianismo era la *religión de los rostros* (Chevalier y Gheerbrant, 1969: 495).

puerta cerrada, que lea el letrero y se largue. Nadie se asoma. Ninguna puerta se abre. El mundo católico se mantiene frío y cerrado, vigilante y alerta. Afincado en su propia creencia y en su propia definición desoye, desconoce y desatiende la existencia de otras creencias y de otras definiciones: el mundo del *yo-nosotros* se concibe como el único correcto que abarca el universo. Esta pretensión de ser único, total, absoluto, de no depender de nada ni de nadie, niega al *otro*. Este es “separado” del círculo del poder del “Somos”. Esta separación del distinto es el modo de despojar la diferencia negándola, para el *yo-nosotros* autoconstituirse como únicos en el mundo. Según este ordenamiento, en este mundo existen Sujetos católicos y los demás son Objetos de todo lo que ese mundo monolítico disponga. El *otro* se queda con su palabra en la boca, sin un oído católico al que se la pueda regalar.

El texto se va constituyendo en un mapa que organiza y estructura la sociedad y la cultura: sólo debemos encontrar las coordenadas para seguir o rastrear el mundo cristalizado, materializado y almacenado en su memoria. Sabemos con Lotman que la mayor de las veces las culturas utilizan el lenguaje espacial para transponer sus informaciones: un texto puede expresar su mensaje por medio de rasgos topológicos como: interior / exterior; nosotros / los otros; alto / bajo, derecha / izquierda, etc. De esta manera, el espacio de un texto estará distribuido entre un interior delimitado por una frontera y un exterior (Lotman y Escuela de Tartu, 1979). Según Lotman, la historia de las sociedades humanas puede considerarse como la historia de la lucha por la memoria o como la lucha entre programas culturales por transformarse en cultura. De estos planteamientos nos interesan dos en particular: aquellos que se refieren a los textos de la cultura y aquellos que se refieren a la caracterización de los modelos de la cultura.

Según los primeros, los textos de la cultura pueden estratificarse en dos subtextos: a) los que caracterizan la estructura del mundo que responden a la pregunta “¿Cómo está organizado?” e incluye categorías de valoración y la idea de jerarquía axiológica, y b) los que caracterizan el lugar, la posición y la actividad del ser humano en el mundo que lo rodea y responden a la pregunta “¿Qué ocurrió y cómo?”, “¿Qué hizo él?”. Mientras los primeros se distinguen por la inmovilidad, los segundos lo hacen por la dimanicidad; los primeros corresponden a las culturas edificadas sobre la unicidad, los segundos remiten a la multiculturalidad. Y en relación con los modelos de la cultura, considera tres características: a) los tipos de divisiones de los espacios universales; b) la dimensionalidad, y c) la orientación. Los tipos de divisiones de los espacios se derivan de la frontera: ésta divide el espacio de la cultura en dos dominios: el externo (EX) y el interno (IN) (Lotman, 1998: 97-120).

El texto que nos ocupa, según hemos analizado, contiene las confrontaciones interior / exterior, y *nosotros* / los *otros*, correspondiendo para el primer término de la doble ecuación el mundo católico-cerrado, y para el segundo término el mundo del otro-abierto. Estos dos espacios antropológicos están separados por el Muro-Puerta-Límite donde resalta el letrero. De aquí derivan las oposiciones semánticas: *nosotros*, ubicado en el Interior / *los otros*, ubicados en el Exterior. Según lo expresa el texto que analizamos, el *nosotros* manifiesta también una ideología asediada, a la defensiva, frente a la posición agresiva del Exterior. De aquí también podemos derivar otros sistemas de oposiciones: lo propio es importunado por lo ajeno; el mundo ordenado y organizado es asediado por el mundo desordenado y desorganizado (el orden / el caos); el más acá es invadido por el más allá; lo bueno por lo malo; lo estático e inmóvil por lo dinámico y móvil; lo estable por lo inestable, etc. Según esta estructuración, el mundo descrito reconstruye más un modelo medieval de cultura que un modelo de vida moderno y mucho menos posmoderno: no se ha tenido contacto alguno con el otro cuando ya se le tiene por enemigo, inaceptable e inadmisibile en el espacio ordenado y organizado del yo⁸.

⁸ José Valero señala tres tipos de discursos épicos en los textos sobre la conquista de América: la épica

Lo no-dicho, la zona ilegible, muestra la punta, como el iceberg, de una sociedad represiva, intolerante, exclusiva, cerrada sobre sí misma contra las fuerzas extrañas. Pone al desnudo a una sociedad cerrada frente a todo lo que se presente como distinto y no local. Para poder ser aceptado en esta sociedad hay que ser católico, ordenado, alineado, encauzado, resignado, dócil, objeto del discurso y de la voz de una entidad superior-jerárquica. Sólo tengo que definirme como no católico para materializar todos los fantasmas y representaciones ideológicas que el poder ha establecido para nombrar y controlar al *otro*: la no cultura, la anticultura, la no civilización, la anticivilización, la no razón, la antirazón, etc. Si me defino como alborotador, rebelde, insumiso y polémico, si protesto y reclamo un espacio distinto al establecido por el ordenador del mundo, se me puede excluir, silenciar y eliminar. No es necesario insistir cuando me declaro confesar el mismo credo del resto de la casa, barrio o país. Pero si digo que soy religiosamente distinto, recaerá sobre mí el “No insista”, como signo inequívoco del rechazo de la diferencia. Tengo que salir hacia otras casas, tocar a otra puerta donde no se protejan ni se refugien tras un letrero que expresa la violencia y la intolerancia de una sociedad que aún no está dispuesta a negociar con el contrario. Para poder ingresar a esa zona ilegible hagamos otra lectura.

En esta segunda lectura enfocaremos otros aspectos del texto que nos lleven a poner de relieve las demás implicaciones sociales e ideológicas. Para plantearnos el ambiente de ese mundo interior tomemos en cuenta el miedo como regulador del comportamiento de la esfera de lo definido: el *nosotros* ve al *otro* como una amenaza, como un peligro y el lugar de confrontarlo lo rechaza, lo evita. El *nosotros* teme lo nuevo y desconocido, lo no familiar y extraño, lo no dominado y consabido, lo que se sale de la norma y del sistema de valores establecidos. Este miedo deja transparentar los fantasmas con los que la sociedad se ha edificado y con los que ha conquistado el espacio: el miedo hace ver en el *nosotros* lo potencialmente peligroso que puede ser el *otro*: tememos que el otro se poseione de nuestro espacio, vuelque nuestra manera de ver el mundo y de interpretarlo. Por eso nos atrincheramos, nos encerramos, nos volvemos agresivos, intolerantes y excluyentes. El temor no sólo vuelve débil al *nosotros*, sino que lo convierte en agresivo contra el *otro*. En este sentido, el letrero “Somos católicos... No insista” pareciera ser la súplica de una sociedad cerrada, temerosa de las novedades, incapaz de asimilar los vientos del espíritu, escondida detrás de esquemas caducos e inamovibles.

Si nos asomamos a la memoria del texto, este letrero registra los procesos de codificación a los que la sociedad católica ha echado mano para dejar un archivo de su memoria cultural: en él se condensan las contradicciones sociales e ideológicas bajo las cuales el pasado no ha sido aniquilado ni se ha vuelto inexistente, sino que se conserva sutilmente y llega a manifestarse bajo nuevas formas y con nuevos e inusitados sentidos. El texto viene a sintetizar la historia de la intolerancia religiosa y de la represión de la sociedad y de la cultura católica contra el política y religiosamente *otro*. Como lectores y como hablantes del mismo código en que está registrado el texto no podemos prescindir de los textos y de los discursos anteriores que lo han precedido y que se han acumulado en la nueva textualidad, ahora sitiada y saturada de aquellos registros histórica, social y culturalmente ubicados en el imaginario católico inclusivo y exclusivo al mismo tiempo: aquellos segmentos de textos, por más viejos que sean, son resucitados por la memoria colectiva, dado que cada cultura acumula en sus discursos y en su lengua los

de cruzada, la épica caballeresca y la épica apostólica. Me interesa destacar el primer discurso dado que guarda estrecha relación con el texto que estamos analizando: la épica de cruzada considera al otro como enemigo por el simple hecho de profesar creencias religiosas diferentes, razón por la cual se le debe eliminar. Esa concepción del otro como enemigo es previa a la experiencia de conocerlo: no se necesita saber cómo es para exonerarlo del mal que porta. La confrontación esencial es nosotros los cristianos católicos / ustedes los no cristianos católicos (Cfr. Valero, 2002).

significados y las connotaciones sociales e ideológicas producidas por el uso. En este sentido, el texto no sólo entra en diálogo con códigos del pasado, sino que dialoga también con nuevas manifestaciones sónicas en las que se materializa la intolerancia y la represión después de muchos siglos: textos separados por los siglos, al venir a la memoria se vuelven contemporáneos (Lotman, 1998: 154). El letrado reactualiza los códigos de la represión que en el pasado sufrió el político y religiosamente *otro*, a la vez que nos remonta a las intolerancias y enemistades primordiales en las que los dioses rivalizaban para establecerse como cabeza de los demás: Yahvé contra los otros dioses y Zeus contra sus opositores, para mencionar los casos más patéticos.

Lo que alguien puede interpretar como una propuesta de convivencia y de aceptación de la diferencia, se convierte en un texto excluyente y discriminatorio al recordarnos al enemigo primordial que acecha a los elegidos de Dios. Por esta razón podemos decir que el texto cumple una *función mnemotécnica*: condensa la memoria histórica cristiano-católica-occidental sobre la discriminación, la exclusión y la represión religiosa⁹. En este sentido, el texto posee también una *función simbólica*, ya que posee “la capacidad de concentrar en sí, conservar y reconstruir el recuerdo de los contextos precedentes” (Lotman, 1998: 156). Esta capacidad evocativa y generadora del conflicto nos lanza directamente a las connotaciones sociales e ideológicas del texto. En el fondo, lo que lo sostiene es aquella sociedad y aquella cultura que no aceptan la diferencia. El texto no está en la ventana de la casa para pactar con quien se acerque: está como un gran vigilante y guardián de la casa-mundo para reprender y excluir, como los ángeles custodios del Paraíso después de la expulsión de la primera pareja¹⁰. El *otro* sabe que se mueve en un campo minado, en medio de un mundo atrincherado detrás de letrados que rechazan antes de experimentar, antes de entrar en contacto, antes de conocer: el encuentro no es posible porque no hay posibilidad de ver la cara ni quien está dentro tiene disponibilidad de darla. El hermetismo y el mutismo están para expresar la condena de la presencia del otro en aquel espacio ya conquistado y definido, demarcado y reglado. Detrás de la puerta y detrás de las cortinas se mascullan maldiciones, improperios y descalificaciones contra aquellos que se atreven a tocar el timbre, las puertas sagradas del mundo y acechan en espera de una debilidad, de un hospitalario recibimiento. El estereotipo se cae cuando se trata de *otro* que percibe e interpreta el mundo de un modo distinto a nosotros y tras de eso pretende persuadirnos de que lo percibamos y lo interpretemos como él lo hace, desde otra lógica y con *Otro* Dios que ha dejado por fuera todas las demás mediaciones.

El “Somos católicos... No insista” viene a ser un texto de segundo orden, derivado de “Somos de Dios, que no del Diablo”, texto éste procedente de un contexto ritual, ya sea del exorcismo o ya sea de las palabras pronunciadas por el creyente en trance de ser tentado para no caer presa del Enemigo primordial. Este carácter ritual-ceremonial se acentúa más si tomamos en cuenta la segunda leyenda que acompaña al texto: “María y José protegen nuestra casa”. De modo que no sólo la casa y las rejas protegen físicamente al creyente, sino también las huestes celestiales lideradas por María y José, santos de los santos. El texto recodifica la enemistad primordial contra el Demonio y contra los cismáticos que se apartan de Dios y del rebaño primordial elegido por Dios en la persona de Jesucristo, Buen Pastor dispuesto a sacrificar su vida por las ovejas

⁹ Antes de la Reforma Protestante, el no creyente y el creyente de otra religión era considerado como *el enemigo*, *el otro*, el gentil, idólatra e hijo del Demonio. Después de la Reforma, el enemigo creció en número: aunque fueron llamados “hermanos separados”, pesó sobre los protestantes la calificación de *traidores*.

¹⁰ Por el carácter antropomórfico, el que el letrado suela estar en la ventana remite al ojo que vigila y custodia la casa-mundo: el letrado sale al paso de los intrusos que pretendan ingresar al lugar de donde moral y físicamente han sido expulsados.

descarriadas. Estamos, según el texto, frente a los enemigos de la unidad, de la unicidad, de la centralidad y de la pertenencia a un solo Dios, a una sola Iglesia, a un solo bautismo y a un solo Pastor. Así las cosas, en un texto único vamos encontrando complejos procesos de recodificación, de equivalencia, de cambios de puntos de vista y de combinaciones de diferentes voces. El texto percibe, materializa y representa anticipadamente las objeciones, las valoraciones y los puntos de vista de sus destinatarios. El *otro* es rechazado con aquellos signos que no posee o con los que no se identifica ni en los que se reconoce: María y los santos. Sufre una especie de exorcismo en aquel espacio, idéntico al que los vampiros y los posesos reciben de parte de los representantes del orden y de Dios por medio del signo de la cruz en las películas de este género: el exorcista saca la cruz, la eleva frente a los ojos aterrorizados del Enemigo y este sale espantado, dejando en paz a la víctima. Del mismo modo, con María y todos los santos se pretende espantar a los que acechan la casa con otras creencias y con otras ideas sobre Dios, la vida, el ser humano y el mundo. María y los santos son el santo y seña de la casa-mundo católicos¹¹.

De acuerdo con lo hasta aquí apuntado, en el texto se presenta: a) una tendencia a la integración de las múltiples voces en una sola, estructurada bajo el signo de la definición del *nosotros* y la represión del *otro*: el mandato surgido de la definición (“Somos católicos”) se integra dentro de la esfera de la plegaria en la que los creyentes se identifican entre sí y con su Dios, de tal modo que “somos católicos” se puede traducir a la fórmula “somos de Dios”, razón por la cual en algunos carteles encontramos una leyenda como “Esta es casa de oración”. En este contexto, la afirmación propia se levanta como una polémica contra el *otro*; b) a su vez, el texto posee una tendencia hacia la desintegración al plantearse como una diatriba excluyente y discriminatoria que convierte en paradójica la denominación de “católicos” del conjunto al rechazar al unitario y fragmentado *otro* que se acerca: al rechazarlo supone que no es católico ni tampoco de Dios, sino del Demonio¹². Además, se resalta el conjunto de potestades divinas o imágenes sagradas que respaldan ese mundo y al que se acogen quienes moran en esa casa. Esto pone de relieve que el *otro* está al margen de esas prerrogativas y alejado de la protección de los elementos sagrados aludidos (ver Imagen 3). Si tomamos en cuenta esto último y lo asociamos con la expresión “Esta es casa de oración”, veríamos cómo el espacio “católico” se configura como sagrado y el letrero como la advertencia para que el *otro* no penetre en dicho espacio: de llegarse a dar la violación de la advertencia, el *otro* se convertiría en un sacrílego.

¹¹ En muchas ventanas encontraremos sólo la imagen de la Virgen, despojada de cualquier leyenda: esta imagen pretende decirlo todo, como si la veneración a María fuera el punto medular en la controversia católicos / no católicos.

¹² A manera de anécdota, en Costa Rica, los no católicos suelen salir a predicar los domingos. Van a los pueblos, se desparraman por las calles y tocan a las puertas para llevar su mensaje. Me contaba una amiga que su abuelo, sabedor de esa costumbre, los domingos se sentaba cerca de la ventana y cuando los veía venir pronunciaba estas palabras: *vade retro* Satanás, y con eso los ahuyentaba.



Imagen 3: Venerar a María y adorar a la Santísima Trinidad aparece como signo diferenciador entre católicos y no católicos.

Una variante del texto que analizamos es: “Aquí somos católicos. Católicos fueron nuestros padres. Católicos seremos nosotros. No vamos a cambiar de religión, no insista. Gracias” (ver Imagen 1). A la izquierda del texto aparece la imagen del Señor de los Milagros y a la derecha la Virgen del Carmen: bajo el primero dice “Sálvanos” y bajo la segunda “Protégenos”. Este texto pone de relieve la oposición espacial Aquí-*nosotros*-católicos / Allí-*otros*-no católicos. Pero lo que más llama la atención es el determinismo ideológico que lo organiza, el cual pone de relieve el inmovilismo y la estaticidad en la que se inscribe el mundo definido como católico. El mundo se organiza bajo el eje de la continuidad ininterrumpida desde el pasado, pasa por el presente y se prolonga hasta el futuro. Este mundo monolítico, sin ninguna fisura y sin ninguna posibilidad de quiebre aparece custodiado por lo sagrado en primer orden y por lo humano en segundo. Esta sociedad, que ha puesto su resguardo en Dios y en la Virgen, se presenta acrítica, sujeta y alienada a la voz ajena, a la voz de los padres que la definieron de una vez para siempre, sin posibilidad de corregir e iluminar esa definición.

Este inmovilismo y el sistema de valores que la constituyen nos conduce a un concepto de identidad tradicional cuyas características más comunes son lo cerrado, lo hermético y lo autónomo, que no mantiene relaciones con otros sistemas identitarios. Este tipo de identidad cree que el mundo se organiza desde y a partir de un principio religioso (la religión de nuestros padres) y fuera de ese principio no existe ninguna otra posibilidad de otras culturas, de otras religiones, de otras definiciones, de otras creencias, de otros valores. La única lengua que se reconoce es aquella que excluye y reprime la diferencia, silencia y condena al otro. La interculturalidad ha quedado por fuera y se han condenado los sistemas identitarios abiertos que mantienen relaciones osmóticas con otros sistemas. Podría decirse que desde este sistema monolítico no es posible aceptar la pluralidad y la diversidad de credos y aún se sigue pensando que la fe de la tribu es la que orienta la organización del mundo: definido el código que ordena el cosmos es imposible pactar y negociar con otras variantes. El *mundo del uno* se erige e impone sobre el *mundo de la pluralidad*. El monoteísmo ha derivado en una monoreligiosidad ciega que anula en su propia definición la existencia del otro. Lo que uno suponía que era religiosidad se ve de pronto convertido en *intolerancia fundamentalista*: lo que nos define ha sido establecido desde el principio y esa cadena nos ata a la permanencia: “No vamos a cambiar de religión, no insista”. Estamos de nuevo ante otra paradoja: en uno de estos rótulos se citan unas palabras del Nuevo Testamento: “Te amo con el amor del Señor” (1Jn 4, 11-12). Pero según el sentido de “Somos católicos” que hemos destacado, estas palabras apuntan a un contrasentido: el amor con

que el cartel dice amar al otro se traduce en odio y rechazo, dado que ser católico es no admitir al *otro*, al no católico¹³.

Para finalizar, hagamos algunas aproximaciones a la imagen que acompaña el letrero: en muchos casos es una Virgen de cuyas manos salen unos rayos y en otros un gesto con el que simula la retención o la contención de quien la mira o de quien se le aproxima. En ambos casos, la imagen refuerza la idea de la no aceptación, de la repulsión y del rechazo, no sólo por parte de quienes hablan en el cartel, sino también de quienes están representados en él. Además, podría decirse que el gesto es un llamado a la calma, a la tranquilidad, al sosiego, a la sumisión ante aquel mundo donde se ubica la imagen: el católico. De esta imagen emerge la idea de la diosa todopoderosa que se defiende con sus rayos y se pone de relieve el sentido no hospitalario tanto de los habitantes de este mundo como de los dioses venerados en él. Encontramos aquí no sólo una identificación, sino también una adecuación de las intenciones de los moradores de aquellas casas con los gestos de la divina diosa que rechaza a los intrusos: los dioses han sido hechos a la medida de las actitudes de los moradores de este mundo: los gritos de los fieles a estas imágenes son “sálvanos” y “protégenos”. También queda sugerida la imagen del ángel guardián defendiendo el Paraíso o el Templo Sagrado (denominado aquí “Esta es Casa de Oración”, ver Imagen 4) donde se refugian los escogidos del Señor. Dentro del plano general, la diosa defiende a sus legítimos hijos de los bastardos, a los verdaderos hermanos de los falsos hermanos o de los separados. De modo que toda esta imagen no tiene otra función que recordarle a quien se acerca con otra religión que los que se refugian en aquella casa son los verdaderos hijos de Dios, nacidos y amparados por la misma Madre de Jesucristo, rechazada o no venerada por los *otros*. Tanto el texto como la imagen están organizados para rechazar y alejar a quienes no veneran a María y a los demás santos católicos, representados en algunos carteles por San José, padre del mismo Salvador.



Imagen 4: La casa católica se constituye en templo inviolable por el *otro*.

El hecho de que el cartel esté ubicado en la puerta o en la ventana de la casa es significativo, dado el carácter antropomórfico del lugar. La casa representa la anatomía de sus habitantes: la puerta es la boca, la ventana los ojos y el techo la cabeza. Ubicado en la puerta, el letrero puede tomarse como si la misma casa gritara por esa gran boca aquel rechazo que desearan articular sus moradores contra el *otro*. Situado en la ventana, da la idea de que la misma madre de Dios y el patrono de todos los santos estuvieran vigilando los acechos y las incursiones de los intrusos. Atreverse contra tan venerables guardianes sería atreverse contra el mismo Dios o contra su propio templo. Quienes llegaran a sobrepasar el límite o la frontera sólo podrían ser considerados

¹³ El lector puede acceder con estos elementos a una lectura de la apariencia, de la pose religiosa y ética de quienes se amparan en un letrero que en lugar de incluir excluye, en lugar de agrupar segrega y en vez de tolerar intolerancia.

como sacrílegos o profanadores del sagrado espacio, como ya adelantamos: ese traspaso del límite los haría acreedores de sanciones o de represalias por parte de los moradores.

Por todas las razones apuntadas, el texto “Somos católicos... No insista” posee un carácter metafórico y un carácter metonímico. Es una *metáfora* porque puede ser percibido como sustituto del contexto social, histórico y cultural latinoamericano en general y costarricense en particular al cual, desde un determinado punto de vista, es equivalente. Es una *metonimia* porque al representar el contexto social, histórico y cultural como una parte, representa al todo. De este modo, al volverse semejante al macrocosmos cultural deviene más importante que sí mismo y adquiere rasgos de un modelo de la cultura. En tal caso, el texto viene a cumplir una función metatextual al convertirse en descriptor del contexto cultural, a la vez que una función de desciframiento y de estructuración al escenificar los conflictos ideológicos que se dan en la arena social en un continente y en un país donde la represión y la exclusión han sido un signo fundante, actualizado y reactualizado en cada práctica textual y discursiva¹⁴. El texto se nos presenta, entonces, como un “complejo dispositivo que guarda variados códigos, capaz de transformar los mensajes recibidos y de generar nuevos mensajes” (Lotman, 1996: 82). Leerlo implica y complica al lector porque convoca, desde su memoria, la memoria de los pueblos escindidos por cuestiones religiosas cuyas luchas parecen no llegar a su fin. El texto evidencia el fanatismo ciego de una sociedad que discrimina sin tregua al diferente, sin conocerlo, sin aproximarse a él.

En resumidas cuentas, el texto viene a materializar las versiones ortodoxas, institucionalizadas y consagradas que definen qué es ser católico y qué es no ser católico (o protestante), dado que dentro del imaginario católico, el protestante fue concebido como el *otro amenazante* de la unicidad. Jamás se pensó que pudiera ser un no creyente, sino alguien que se dice alimentar de la misma fe, pero que en su relación con Dios plantea puntos de vista discordantes. Ese *otro*, hostigante desde la perspectiva del *yo-nosotros*, es el que, por contraste, ayuda a definir el ser católico: el otro es el que está fuera del círculo hermético del “Aquí somos católicos”. La exclusión no se ve como autoexclusión (según la eufemística fórmula “los hermanos separados”), sino como acción voluntaria y a la fuerza que tienen y ejercen los del círculo: el otro no decide separarse o excluirse, sino que es separado y excluido por la política del orden vigente. Esto se hace más evidente en la demarcación del espacio con señas de posesión, de territorio ocupado y colonizado.

La exclusión de ese *otro* no deseado viene a construir un sentido de pertenencia en quienes están agrupados en el “Aquí somos católicos”: esta exclusión forma parte del proyecto de establecerse y mantenerse como único e inamovible en el cosmos católico. De esta manera, la catolicidad es construida a partir de la diferencia y de la exclusión: ser católico es ser aliado de Dios –en su expresión trinitaria–, de la Virgen y de los Santos: “En este hogar somos católicos. Veneramos a la Santísima Virgen María. Adoramos a la Santísima Trinidad” (como en la Imagen 3). El *otro*, implícitamente, es despojado y excluido de esta asociación o de esta sociedad sagrada. En este caso, el *católico* estaría saturado de la santidad y de lo sagrado, mientras que el *no católico* estaría privado o despojado de esos atributos. El término hogar pone de relieve la oposición espacial casa / calle que refuerza la pareja incluidos / excluidos, el primer elemento referido a católicos y el segundo a no católicos.

Paradójicamente, este cartel, portador de tanta fuerza y de tanta exclusión, es el aviso de la casa a la que, milagrosamente, sólo le quedan sus cuatro paredes en pie, porque todos los demás

¹⁴ Esta veta del análisis queda apenas sugerida. Dejo en manos del lector una aproximación sobre la discriminación étnico-cultural que se practica explícita e implícitamente en nuestro país con todos aquellos que provienen de fronteras conflictivas como nicaragüenses y colombianos, no así contra europeos y estadounidenses.

andamios, todos los demás pilares están carcomidos por la polilla y la resignación¹⁵. Sólo queda en la puerta de la casa o en la ventana el último y desgarrador grito de unos habitantes temerosos de ser envueltos y arrasados por la persistente gota de fuego de los distintos, los que merodean y se toman el espacio y arrinconan a los defensores de una fe que no resiste el olor del vino nuevo, engolosinada en carnavalescas pompas que sólo hacen ruido, escándalo y estalla bombas y matracas para impresionar y despertar a una cristiandad que ya no cree en nada. Si alguien entra, si alguien se asoma a mirar el interior de una de esas casas defendidas por esta consigna, se encontrará con que la última pieza madura de la fe es una viejita de ochenta y cinco años que por las tardes se sienta en una mecedora a rezar el rosario. Ya no ve. Y donde habían santos e imágenes devotas, ahora penden coloridos afiches: hermosos modelos con hilos dentales donde solía estar un cuadro de la Purísima, y donde existía un cuadro del Corazón de Jesús, un par de niños desnudos dándose un beso, mientras que la niña le abre el calzoncillo al niño y le mete la mano. Nada de eso ve la viejita también sorda. El rock, el reggae, el merengue y la salsa y otros enlatados de la globalización han llegado a ser los coros celestiales del nuevo universo. De modo que el “No insista” pareciera ser el último grito de un espíritu que ya se va¹⁶.

Referencias bibliográficas

- Bajtín, Mijaíl. *Teoría y estética de la novela*, Madrid: Taurus, 1975.
- Barthes, Roland. *El placer del texto. Lección inaugural* (1978) edición en español: México: Siglo Veintiuno Editores, 1989.
- _____, *El susurro del lenguaje* (1984), Barcelona: Paidós, 1987.
- Chaves, José Ricardo, *Paisajes con tumbas pintadas en rosa*, Heredia: EUNA, 1998.
- Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant. *Diccionario de símbolos* (1969). Barcelona: Herder, 1986.
- Lotman, Iuri. *La semiosfera. Semiótica de la cultura y del texto*, vol. I, Madrid: Cátedra, 1996.
- _____. *La semiosfera. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*, v. II, Madrid: Cátedra, 1998.
- ____ y Escuela de Tartu. *Semiótica de la cultura*, Madrid. Cátedra, 1979.
- Ramírez Caro, Jorge. *Las cenizas del sentido*, San José: Editorial Costa Rica, 2001.
- Rossi, Anacristina. *María la noche*. Barcelona: Lumen, 1985.
- Valero, José. “El otro como ‘no-cultura’ y como ‘anticultura’ en el discurso de la conquista de América” (2002). www.ucm.es/info/especulo/numero20/val_otro.html
- Villoro, Luis. *Estado plural, pluralidad de culturas*, México: Paidós-UNAM, 1998.
- Voloshinov, Valentín. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid: Alianza Editorial, 1992.

¹⁵ Con esto estamos señalando el carácter ideológico del texto: encarna, materializa y representa una realidad muy distinta de la que materialmente se presenta. Esta ideología social se manifiesta globalmente en el exterior no sólo de la casa, sino también de la palabra, del gesto, de la acción. Aquí se podría analizar el concepto de *ideología cotidiana* propuesto por Voloshinov: “todo el conjunto de experiencias vivenciales y de las expresiones relacionadas directamente con éstas” (Voloshinov, 1992: 127).

¹⁶ Un trabajo pendiente es el proceso de producción, distribución y consumo de estos textos. La variedad tiende a cubrir los gustos y necesidades de los demandantes. Cualquier librería católica tiene a disposición del público un surtido iconográfico: la parte textual es casi siempre la misma, lo que varía es la imagería religiosa. Salen a relucir todas las advocaciones marianas, los Josés y los Niños. El cliente escoge.